

Aguas aéreas

“Oye un romance de Lope”

David Huerta

La Dorotea (1632), de “frey Lope Félix de Vega Carpio del hábito de San Juan”, fue descrita en la portada de la primera edición en esta forma simpática e intrigante: “acción en prosa”. Ni historia ni novela ni apólogo ni teatro: una criatura extraña, un *baciyelmo* literario; no una “novela ejemplar”, de raíz italiana, como las cervantinas de 1613, o las dirigidas por Lope de Vega mismo a “Marcia Leonarda” (Marta de Nevares) en 1621; sino una puesta en escena y una dinamización de la prosa española sin los rasgos compositivos de las obras dramáticas ni las características tópicas de los relatos entonces al uso. En originalidad dentro del género, solamente la iguala, si no la supera, la densa y laberíntica novela de Baltasar Gracián llamada *El Criticón*, suma limítrofe de la escritura barroca.

Lope propuso a la curiosidad universal un nuevo género; un género sin descendencia, por cierto; un género representado por una sola obra. Se ha dicho: si no hubiera *Quijote*, *La Dorotea* sería la mejor prosa del siglo XVII, es decir: la mejor prosa en lengua castellana. Pero al facundo y temperamental Lope de Vega se le atravesó, en el camino de la más grande fama, un soldado socarrón y, acaso, tartamudo: Miguel de Cervantes Saavedra.

Como para honrar su extraña adscripción genérica (acción en prosa), las páginas de *La Dorotea* están llenas de animación. Y también repletas de versos, como también lo está el *Quijote*, por cierto. En la cuarta escena del primer acto de *La Dorotea*, el galán Fernando le dice a Julio: “Oye un romance de Lope”. Julio se dispone a escuchar y Fernando se lanza a recitar una larga tirada de octosílabos; es uno de los poemas más conocidos de la lengua española. Comienza con estos versos imborrables:

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.

Leo Spitzer encontró la fuente insólita de este principio del poema lopesco: un pasaje del *Libro del amigo y el amado*, de Raimundo Lulio, a quien Lope leyó, sin la menor duda, en su juventud estudiosa, como sabemos por la Epístola a la Amarilis indiana. Era ésta una dudosa admiradora del Fénix, y era habitante “del otro mundo”. (Ese “otro mundo” es éste: América).

En la página luliana, alguien innominado interroga al Amigo: ¿adónde vas? El Amigo responde: “Vengo de mi Amado”; luego se le pregunta: ¿de dónde vienes?, y él contesta: “Voy a mi Amado”. Es el peculiar misticismo de los siglos XIII y XIV: hay una como falta de concordancia entre las preguntas y las respuestas. El Amigo es interrogado de una forma y con un verbo (¿adónde vas?) y él contesta con otro verbo: “Vengo de mi Amado”; y lo mismo ocurre con la siguiente pregunta y su respuesta. Lope tomó el ir y venir místico de Lulio para su romance y lo convirtió en una especie de manifiesto en verso de su individualismo estoico. En los *Versos sencillos*, José Martí habla de otro ir y venir, a la vez relacionado con el de Lulio y con el de Lope de Vega y diferente de ellos; he aquí los versos:

Yo vengo de todas partes
y hacia todas partes voy:
arte soy entre las artes,
en los montes, monte soy.

Los siguientes versos del romance de Lope en *La Dorotea* son apenas un poco menos conocidos:

No sé qué tiene el aldea
donde vivo y donde muero,
que con venir de mí mismo,
no puedo venir más lejos.

Aquí lo interesante es la palabra “aldea”. Para Karl Vossler, Lope continúa una tradición de bucolismo humanista y místico al usar, como lo hace en su poema, la palabra “aldea”. Desde luego, “aldea” significa lo opuesto a “ciudad” y a “corte”; por extensión, se opone “a todos los lugares donde se concentra la vida secular, y, en fin, el mundo”. Además, “aldea” alude como en filigrana, delicadamente, a los misterios de la Natividad de Cristo: identificación de la vida pastoril con la elevación espiritual. Cristo, desde luego, no nace en la ciudad ni en la corte sino entre la gente del campo, lejos del mundanal ruido. Pero “aldea” tiene una mayor riqueza de sentido en estos ámbitos poéticos. Vossler precisa:

Puesto que la palabra aldea conserva el sentido místico de “mundanidad palatina”, junto a su valor corriente de “pueblo o lugar”, así como en las poesías de soledad, designa, según el contexto, tanto formas de vida ciudadana como campestres.

A la luz del tercer verso (“que con venir de mí mismo”), el punto de partida de las andanzas lopescas parece identificarse con el yo del protagonista: él mismo es “el aldea” donde vive y donde muere; pero de inmediato todo se complica: vengo de mí mismo y por ello vengo de muy lejos, y más todavía: “no puedo venir [de] más lejos” al venir de mí mismo.

Eso dice el poema en sus primeras coplas, contra toda evidencia: la evidencia de la intimidad indisoluble (imposible mayor

cercanía) del yo y su conciencia, sus pensamientos, su mente soberana. Si estoy conmigo a solas, estoy tan cerca de mí mismo como puedo jamás estarlo. Pero no acontece así en el poema de Lope de Vega: la subjetividad personal, sello de la identidad y de la individualidad, es una *forma de la lejanía*. La salida o la aclaración de ese “misterio” está en el pensamiento cristiano: un pensamiento a cuyas sutilezas doctrinales no podía ser ajeno frey Lope Félix de Vega Carpio del hábito de San Juan, antiguo seductor y hombre de inmensa celebridad y pecador agobiado por culpas enormes en los últimos años de su vida. Quien sepa cuánto y cómo sufrió Lope en su vejez no podrá sino conmoverse hondamente.

Los ocho primeros versos del romance “A mis soledades voy”, entonces, tienen un fundamento en la mística medieval, el bucolismo clásico, el humanismo cristiano y los misterios de la Natividad. Semejante bagaje doctrinario, cultural e ideológico no forma parte de las costumbres literarias de nuestra época; pero Lope es un autor del siglo XVII y ese poema lo representa muy bien en ese sentido. Contra la corriente principal de los modernos, empero, algunos autores considerados paradigmas literarios de nuestro tiempo, como James Joyce, suelen poner en sus textos —muy a su manera, claro— porciones grandes de ideas como éstas de Lope en el romance de *La Dorotea*.

La idea o la figura poética de la *íntima lejanía* —se trata de un oxímoron, por supuesto—, de tanto relieve espiritual en el romance de Lope, forma una historia tenue e intensa entre los poetas de lengua española.

En la Introducción de la serie “Galerías” —libro poético dentro del libro mayor al cual se añadió al paso de los años: *Soledades*—, Antonio Machado se nos presenta leyendo (releyendo, evidentemente) sus “bien amados versos”. Descubre en ellos, en esas

creaciones de su juventud lírica, una “verdad divina”; esa cifra poética de sabiduría trascendental:

...temblando está de miedo,
y es una flor que quiere
echar su aroma al viento.

Una cifra verdadera, divina, temblorosa de miedo: eso ha encontrado el poeta, al releerse. Y esa cifra “es una flor”: forma de la belleza, belleza deseante “que quiere / echar su aroma al viento” (como Martí quería “echar [sus] versos del alma”); una flor interior, descubierta por caminos extraordinarios “en el profundo / espejo de mis sueños”. Todo ello está dirigido a hacer el siguiente descubrimiento de orden general ante la actividad poética:

El alma del poeta
se orienta hacia el misterio.

Y entonces aparecen los versos vinculados a los del romance lopesco:

Sólo el poeta puede
mirar lo que está lejos
dentro del alma...

Un amigo de Machado, el mexicano Francisco de Icaza, escribió algo semejante:

También el alma tiene lejanías.

Es el primer verso de un libro de 1899 con un título hermoso y significativo: *Cancionero de la vida honda y de la emoción fugitiva*. Ahora nadie lee a Icaza, hombre fatalmente atrapado entre dos épocas (el antiguo régimen porfirista, la Revolución) y entre dos culturas (la americana, la europea); pero no debemos olvidar la admiración de Machado por él:



Lope de Vega

No es profesor de energía
Francisco de Icaza,
sino de melancolía.

De entre los poemas de Manuel José Othón, uno de los más admirables es la “Elegía” en memoria de Rafael Ángel de la Peña. Buena porción de esta pieza es reescritura —pero en tercetos encadenados, y por supuesto en endecasílabos, según el canon danteano— de “A mis soledades voy”. Los versos 10-12 del cuarto terceto del poema reescriben la segunda copla del romance de Lope de Vega, la de “el aldea”:

Ignoro de mi rústica morada
qué tiene, que viniendo de mí mismo
vengo de la región más apartada.

Ahora la lejanía se describe así: es *la región más apartada*. La aldea se ha convertido en una “rústica morada”. Othón y Lope mencionan el yo con esa fórmula analítica, evocadora de frases o voces equivalentes en francés y en inglés (*moi même, myself*): “mí mismo”. ■

Lope propuso a la curiosidad universal un nuevo género; un género sin descendencia, representado por una sola obra. Se ha dicho: si no hubiera *Quijote*, *La Dorotea* sería la mejor prosa del siglo XVII.